

JOHN HENRY NEWMAN

EL ANTICRISTO



LA IDEA PATRÍSTICA DEL ANTICRISTO
EN CUATRO SERMONES

JOHN HENRY NEWMAN

EL ANTICRISTO



LA IDEA PATRÍSTICA DEL ANTICRISTO
EN CUATRO SERMONES

I.- El tiempo del Anticristo

Los cristianos de Tesalónica habían supuesto que la venida de Cristo se encontraba cercana. San Pablo les escribe para prevenirlos contra una tal expectativa. No es que el desaprobara su espera de la venida del Señor, todo lo contrario; pero les advierte que cierto acontecimiento debe precederla, y hasta que esto no suceda, el fin no sobrevendrá.

“Que nadie los engañe de ningún modo”, dice San Pablo, “(ya que dicho día no vendrá), excepto que venga primero una apostasía”. Y prosigue, excepto que “primero el hombre de pecado sea revelado, el hijo de la perdición. Mientras el mundo dure, este pasaje de la Escritura será de extremo interés para los cristianos. Es su deber estar siempre expectantes por la venida del Señor, indagar los signos de la misma en todo lo que ocurre alrededor suyo, y por sobre todo tener en mente este sobrecogedor signo del cual San Pablo habla a los Tesalonicenses.

Así como la primera venida del Señor tuvo su precursor, así también lo tendrá la segunda. El primero fue “alguien más que un profeta”, San Juan Bautista; el segundo será más que un enemigo de Cristo, será la imagen misma de Satán: el pavoroso aborrecible Anticristo.

Acerca de él, tal cual las profecías lo describen, me propongo hablar; y al hacerlo me guiaré exclusivamente por los antiguos Padres de la Iglesia. Sigo a los antiguos Padres sin pensar que en tal materia ellos tengan el peso que poseen en instancias de doctrina o disciplina. Cuando ellos hablan de doctrinas, se refieren a éstas como a algo universalmente aceptado. Ellos son testigos del hecho de que dichas doctrinas han sido recibidas, no aquí o allá, sino en todas partes. Recibimos aquellas doctrinas que ellos enseñan, no meramente porque las enseñen, sino porque dan testimonio de que todos los cristianos en todas partes las han sostenido. Los consideramos como honestos informantes, mas no como autoridad suficiente en sí mismos, aunque de hecho son también autoridades. Si ellos afirmaran estas mismas doctrinas, pero diciendo: “Éstas son nuestras opiniones, las hemos deducido de la Escritura, y son verdaderas”, podríamos bien dudar de recibirlas de sus manos. Podríamos decir que tenemos tanto derecho como ellos a deducir a partir de la Escritura; que las deducciones de la Escritura serían meras opiniones; que si nuestras deducciones concordasen con las suyas, eso sería una feliz coincidencia, e incrementaría nuestra confianza en ellos; pero que si no, no habría más remedio, y deberíamos seguir nuestras propias luces. Sin lugar a dudas, ningún hombre tiene derecho a imponer a otros sus propias deducciones en materia de fe. Hay una obligación obvia para el ignorante de someterse a aquellos que estén mejor informados; y también es conveniente para el joven someterse implícitamente por un tiempo a la enseñanza de

sus mayores; pero más allá de esto, la opinión de un hombre no vale más que la de otro.

De todos modos, este no es el caso en lo que respecta a los antiguos Padres. Ellos no hablan de su opinión personal; ellos no dicen: “Esto es verdadero porque de hecho es sostenido, y ha sido siempre sostenido por las Iglesias, sin interrupción, desde los Apóstoles hasta nuestros días”.

La cuestión es meramente acerca del testimonio; esto es; si acaso ellos tienen a su disposición los medios para saber si eso había sido y fue sostenido; puesto que si esa fue la creencia de tantas Iglesias en forma independiente y simultánea, en el supuesto de su procedencia desde los Apóstoles, no hay duda de que no puede ser sino verdadera y apostólica.

Este es el modo en que ellos, Padres, hablan en lo que respecta a la doctrina; otro es el caso cuando interpretan las profecías. En esta materia parece que no ha habido tradiciones católicas, formales y distintas, o por lo menos autorizadas; de tal modo que cuando interpretan la Escritura, en la mayor parte de los casos están dando, y profesan estar dando, sus propias opiniones privadas, o anticipaciones vagas, difusas y meramente generales. Esto es lo que debería haberse esperado, puesto que no pertenece al curso ordinario de la divina Providencia el interpretar las profecías antes del suceso.

Aquello que los apóstoles revelaron con respecto a lo venidero, fue en general y en privado, a individuos

particulares -no fue puesto por escrito-, y pronto se perdió. Así, unos pocos versículos posteriores al pasaje que he citado, San Pablo dice: “¿Acaso no recuerdan que estando todavía con ustedes, les dije estas cosas?”, y lo escribe por medio de insinuaciones y alusiones, sin expresarse abiertamente. Y vemos que tomó tan poco cuidado en discriminar y autenticar sus intimaciones proféticas que los Tesalonicenses interpretaron que él decía que el Día de Cristo era inminente, aunque, en realidad no lo había hecho.

Sin embargo, a pesar de que los Padres no nos transmiten la interpretación de las profecías con la misma certeza con que nos transmiten la doctrina, no obstante merecen ser leídos con atención en proporción a su consenso, su peso personal, su predominio en su tiempo, o nuevamente, al carácter autorizado de sus opiniones; puesto que, tienen tanta probabilidad de estar en lo correcto como los comentaristas hoy en día, y en algunos aspectos mucho más, ya que la interpretación de las profecías se ha convertido en estos tiempos, en materia de controversias y de toma de partido. La pasión y el prejuicio han interferido tanto con la rectitud de juicio, que es difícil decidir a quién confiar su interpretación, o inclusive si un simple cristiano no sería tan buen expositor como aquellos que han asumido el oficio.

Vuelvo a la perícopa en cuestión, la que examinaré utilizando argumentos tomados de la Escritura, sin preocuparme por estar de acuerdo con los comentaristas modernos, ni de decir en qué difiero con ellos. “Aquel Día no vendrá si no viene primero la apostasía”.

Aquí se nos dice que la señal de la segunda venida es una cierta y terrible apostasía, y la manifestación del hombre de pecado, el hijo de la perdición; esto es, aquel que comúnmente se conoce como el Anticristo. Nuestro Salvador parece añadir que aquella señal lo precederá inmediatamente, o que Su venida ocurrirá muy poco después; puesto que, luego de hablar de “falsos profetas” y “falsos Cristos”, “mostrando señales y prodigios”, “abundancia de la iniquidad”, “caridad enfriándose”, y cosas por el estilo, añade: “Cuando ven todas estas cosas, sepan que se encuentra cerca, incluso a las puertas”. E insiste: “Cuando vean la abominación de la desolación (...) instalada en el lugar santo (...) entonces los que estén en Judea huyan hacia las montañas”.

Ciertamente, San Pablo también da a entender esto, cuando dice que el Anticristo será destruido por el esplendor de la venida de Cristo. Por lo tanto, en primer lugar digo, que si el Anticristo debe venir inmediatamente antes de Cristo y ser la señal de Su venida, es evidente que él no se ha manifestado todavía, entonces debemos aguardarlo, puesto que de otro modo, Cristo ya hubiera venido.